

EL GESTO Y LA GLORIA

Nada más bello, pero, también, nada más peligroso que la gloria del gesto. El gesto, antítesis de la circunspección, de la mesura, ha sido el motivo del encumbramiento o de la ruina de muchos seres humanos. El gesto ha dado origen, en la historia del mundo, a grandes progresos, y, asimismo, a lamentables catástrofes.

El gesto concierne a la actitud de un hombre o de un pueblo en una determinada circunstancia. Se diferencia de la conducta en que ésta es permanente, y aquél, ocasional y momentáneo.

No vamos a ocuparnos de los gestos colectivos, estudiados ya por Gregorio Marañón (1), ni tampoco de los que se resuelven en una exteriorización del físico, como resultado de una actitud mental, enfocados, aunque someramente, en nuestro ensayo sobre "El complejo de inferioridad como factor de éxito" (2). Pretendemos ahora, analizar el gesto en cuanto significa un especial procedimiento o forma de reaccionar del individuo en determinados momentos de su vida.

El gesto se realiza siempre para provocar la admiración de los semejantes. No hay gesto sin espectadores. El explora-

(1) En *Psicología del gesto*.

(2) Publicado en *Cursos y conferencias*. Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores.

dor, que remata en la cima de una elevada montaña o que se interna en las desoladas regiones polares, tiene sus espectadores a miles de kilómetros y se comunica con ellos por medio de la prensa, del libro, de la fotografía, del cinematógrafo y de la radiotelegrafía.

Si no existiesen prójimos, capaces de valorar los gestos, la historia de la humanidad se parecería, en mucho, a la de los animales. Robinson en su isla solo intentaba lo que concernía a su propia conservación y bienestar. Nada emprendía que no le redituara utilidad. Los animales no realizan gestos, aunque pueden anotarse algunas excepciones. Sospechamos que el potro corre briosamente por la llanura para provocar la admiración de las yeguas, que el gallo canta para afirmar su condición de señor en el gallinero y que el pavo real abre su cola espectacular para deslumbrar a las pavas. Son gestos, incipientes gestos, provocados por el instinto sexual, pero que en nada se diferencian de la actitud garbosa y estudiada del apuesto galán o del militar cubierto de entorchados que en una fiesta social pasea sus miradas por la concurrencia, procurando captar la admiración de las damas.

Ciertos seres humanos sólo viven para el gesto. Algunos, llegan hasta buscar la muerte para producir un bello gesto. "Un bel morire tuta una vita honora", dice un conocido adagio italiano. No pocos personajes, en "artículo mortis", se han acordado del gesto, pronunciando, al efecto, frases para la historia.

El suicidio implica, en no pocos casos, un simple gesto. El militar que se mata después de una derrota, el marino que se hunde sobre el puente de mando con su barco, atienden al gesto. Los que recurren al suicidio espectacular, los que dejan cartas o poesías para que se publiquen, son suicidas por el gesto. El que realmente está desesperado y se elimina porque no tiene salud, o porque ha perdido a un ser querido, lo hace en forma silenciosa y humilde.

El arte de la guerra se ha edificado sobre el gesto. Las causas de la guerra, según el materialismo histórico, serán de or-

den económico, pero la tarea de matar se lleva a cabo explotando en los hombres el gusto de los gestos. El culto al valor y el amor a la gloria son consecuencias del afán de producir gestos. El cálculo mueve al gobernante que desata la guerra y se queda en su gabinete, para dirigirla por medio de leyes, órdenes, discursos y proclamas, pero los oficiales y soldados van a la pelea impulsados por el gesto. Himnos, banderas, uniformes, ceremonias, desfiles, galones y condecoraciones tienen por fin exaltar el gesto de matar y de morir, ocultando el horror y la podredumbre de la guerra.

El gesto implica juventud. El hombre maduro deja de lado los gestos. Va al fondo de las cosas. Pero hay quienes se conservan siempre jóvenes de espíritu y siguen viviendo para el gesto hasta los últimos días de su vida. Leandro Alem y Lisandro de la Torre fueron juveniles, aun cuando peinaron canas. De ahí que remataran con el postrer gesto de un suicidio.

Más de un escritor o artista, cuando realiza una obra, piensa, antes que en el valor real de la misma, en la admiración que ella provocará en sus semejantes.

La mujer cuida su "toilette" para causar sensación. Una mujer será feliz, si presiente que su nuevo traje despertará la envidia de sus amigas. La dama que se viste ante el espejo, piensa, con delectación, en el momento en que hará su entrada en el salón de la fiesta. Siente, por anticipado, la voluptuosidad de su gesto.

El deportista que actúa en torneos y campeonatos es hombre que vive para el gesto. El deporte, en estos casos, sale del campo del cuidado de la salud para entrar en el del espectáculo, de la admiración del público. Hoy día, se interviene en ciertas pruebas deportivas exigiendo al organismo esfuerzos excesivos, con grave riesgo de la vida. Tal ocurre en el boxeo, el fútbol, la equitación, el polo, las carreras de automóviles y el alpinismo.

Pero, es en la política, donde el gesto tiene su mayor gravitación. Estimamos, no obstante, que el gesto, verdadero aci-

cate para el artista, el soldado, el deportista y el explorador, casi siempre es pernicioso en el político, dadas las consecuencias que del mismo se derivan para los pueblos que éstos gobiernan. No hay político más peligroso que el que se propone pasar a la historia.

Los conquistadores fueron hombres de gestos: Alejandro, César y Napoleón en el pasado; Musolini e Hitler en la actualidad. No siempre las conquistas obedecen al deseo de realizar gestos, que luego han de traducirse en fama, poderío y riquezas. Los bárbaros de la Germania, en los comienzos de nuestra era, se lanzaron sobre la Europa meridional buscando "su espacio vital", es decir, regiones más pródigas, con mejores posibilidades de vida. Antes que el gesto, les importaba el botín a recoger. Stalin, que ha iniciado la conquista de los países bálticos y balcánicos, no lo hace por el gesto, como sus asociados del Oeste, sino con el fin de imponer su ideología. Stalin, a la inversa de Hitler y Musolini, huye del espectáculo. Vive semioculto y no lleva uniformes llamativos ni condecoraciones. Stalin, como Calvino y como Torquemada, utiliza la matanza "por motivos de orden superior", que nada tienen que ver con el espectáculo. Si el espectáculo existe, a pesar de todo, es sólo para escarmiento de los espectadores.

En los grandes acontecimientos que han cambiado la fisonomía de la sociedad se han mezclado las razones de orden superior y los gestos. La revolución francesa y la independencia americana movilizaron grandes masas bajo impulsos ideológicos, pero se desarrollaron mediante una ininterrumpida serie de gestos. Culminan los de la revolución francesa en la memorable noche del 4 de agosto, en que la Asamblea proclama los derechos del hombre. La toma de la Bastilla fué un simple gesto. Desde el punto de vista militar y del avance de la revolución, no tuvo ninguna trascendencia. Toda la epopeya de la revolución remata en el último episodio de Waterloo, cuando Cambrone lanza su famosa mala palabra ante la intimación de rendirse de los ingleses. Víctor Hugo, en "El 93" y "Los Miserables", ha exaltado estos sublimes gestos.

En las guerras de la independencia americana, ninguno como Bolívar supo explotar la fuerza del gesto. Su actividad se resuelve, casi siempre, en gestos. Su gesto máximo fué la declaración de la guerra a muerte. Mientras San Martín rehuye los gestos, Bolívar los busca, porque sabe el efecto mágico que ellos tienen en un pueblo de imaginación tropical, como es el indo-americano. La consecuencia de ello es que mientras San Martín desaparece de la escena, Bolívar se mantiene largo tiempo en el cartel.

La oratoria es otro arte al servicio de la política. Nadie como el orador conoce la eficacia del gesto. Más que con ideas, los auditorios se conquistan con gestos. La entonación de la voz y los ademanes que acompañan la expresión de las palabras tienen suma trascendencia en la oratoria. Si a ello se agregan giros y metáforas elegantes, afirmaciones atrevidas, es decir, todo lo que constituye la elocuencia — fuego interior que se alimenta en la convicción y aflora al exterior mediante una buena técnica — el éxito coronará siempre los esfuerzos del orador.

Como los oradores son hombres de gestos, que actúan para entusiasmar a sus auditorios, resultan, por lo común, poco eficientes en el gobierno. España, el país de los más elocuentes oradores del mundo, ha sido siempre el peor gobernado. Algo de esto ocurre a sus herederas en vicios y virtudes, a las repúblicas hispano-americanas. Puede objetársenos que en la Antigüedad hubo grandes oradores que fueron, a la vez, excelentes gobernantes. Tales Pericles, Alcibiades, Catón el Censor y Cicerón. Pero, debemos convenir que, en aquella época, el gobernante sólo podía comunicarse con sus conciudadanos por medio de la palabra hablada. De ahí que a los jefes les era necesario ser también oradores. Pero, ya por aquel entonces, el orador puro, sin otras cualidades — Demóstenes por ejemplo — tampoco llegaba a ser verdadero hombre de gobierno.

El político que ama el gesto, sin preocuparse de lo fundamental de su obra, edifica sobre la arena. Sus empresas se

parecerán a esos castillos de nieve que construyen los niños, que disuelven los primeros rayos del sol.

El hombre del gesto sacrificará sus propias conveniencias, y con mayor motivo, las de sus semejantes, con tal de producir sensación. Tiene algo de la coqueta, que antes que al amor, aspira a ser admirada y cortejada. Del gesto fácilmente se llega a la pose, actitud o conducta permanente, pero ficticia, que sólo entusiasma o convence a los simples.

En el comentario del gesto tiene el político una representación anticipada y aumentada de lo que la historia puede recoger de sus actitudes. Podemos sustituir, para los políticos de menor cuantía, la palabra historia por “prensa diaria”.

Los aplausos y los ditirambos son la cosecha de los gestos. El político se embriaga con ellos, y como estos provienen de las multitudes, fácilmente, por halagarlas, se arriba a la demagogía. El político de los gestos, salvo en los casos de misticismo, es un demagogo, más o menos embozado.

No debemos negar que hay gestos ejemplares, gestos que salvan una vida, una época o una causa. Generalmente, el político que busca la gloria por el gesto cuida su reputación. Suele ser un político de manos limpias. ¡Limpias, aunque desgraciadamente inútiles!

La diferencia entre un político de convicciones y un político de gestos es idéntica a la que existe entre el autor de una obra teatral y el actor que la representa. Mientras el primero expone en la obra sus ideas, el segundo las pone en escena. El actor cosecha los aplausos del público, pero la crítica, que es inflexible, como la historia, se los anotará, al final, al autor de la obra.

ALCIDES GRECA